

El Pianista

En un principio solo era por las tardes, luego fue como un vicio a toda hora, sin contemplar otras obligaciones o quehaceres de la casa. Era como entrar en un mundo aparte sin dimensiones, melodía tras melodía se desencadenaban de lo más profundo de sus manos.

Pronto se dio cuenta que su talento era el piano, aunque también sería su perdición. Él era un hombre determinado a cumplir su sueño, quería convertirse en el próximo gran pianista del siglo. Ya a los dieciocho participó de un concurso en el que estaba muy interesado, era excelente en lo que hacía pero en el evento conoció a alguien con un talento inigualable, claramente vio su gran desventaja, y desesperado por cumplir su sueño, hizo un trato con aquel que está reinando en el infierno.

El trato era claro, su sueño cumplido por la sangre derramada de su enemigo antes de la una de la madrugada, sino cumplía su parte: una maldición le caería, el precio a pagar era muy caro. El muy estúpido aceptó el trato y con eso selló su perdición. Al final de la noche él se alza triunfante en el evento, y cumple su sueño, pero no lleva a cabo su parte del pacto; el tirano está furioso.

Dos años pasan y el pianista es famoso, es el más buscado por la prensa, su nombre está en las portadas de los diarios y revistas, nada puede hacerlo más feliz. Pronto se fue de gira, se convirtió en un gran compositor y sus conciertos lo llevan a la gloria.

Logra formar una familia, tiene una esposa e hija, pero de un día para el otro, algo malo pasa al tocar el piano: sus manos se enfrían, se ven pálidas, rígidas, duras como un témpano de hielo, después de unos días se descarta algún tipo de enfermedad, el problema continúa, las manos de a poco van perdiendo su magia.

Intenta tapar sus manos con guantes para disimular lo que está sucediendo, siente frío, un frío intenso que de a poco le va carcomiendo. Su familia está preocupada porque no sabe lo que le pasa, por su parte él prefiere minimizar el problema y trata de tapar siempre sus manos especialmente cuando toca el piano.

Se acercaba un recital y algo sucedería, estaba seguro. Mientras tocaba, murió una persona repentinamente, el rostro de la víctima estaba pálido y frío. Él sabía muy bien quién era el culpable. Pronto pensó en emigrar a otra ciudad y se marchó, para ocultarse y reflexionar sobre aquel trato que había hecho años atrás. Ya instalados de forma repentina en la nueva ciudad, junto a su familia, pensó mucho, los recuerdos lo invadían sintió angustia y dolor.

Para esconder sus manos usaba siempre guantes, tenía muchos pares de ellos en todas las habitaciones de la casa, solamente se los quitaba a escondidas por las noches para ver si sus manos volvían a la normalidad, jamás notó ningún cambio. Además les tenía prohibido a su mujer y a su hija acercarse cuando estaba tocando el instrumento. Pero sin importar las reiteradas advertencias, la niña sentía nostalgia y curiosidad; y un día se las arregló para estar con su padre cuando ensayaba. Luego de un rato, su madre que la buscaba, escuchó a su esposo llorar y gritar. Cuando llegó al cuarto de ensayo, vio a la pequeña tendida inmóvil en las manos del hombre, no se movía, pero cuando se acercó llorando para ver la última esencia de su hija, no pudo, sintió un frío terrible que emanaba de su esposo.

Minutos después llegó la policía.

El pianista fue encarcelado y enviado al presidio del fin del mundo que se estaba construyendo. Pasó un invierno y otro y otro. La mayor parte del tiempo estaba inmóvil que hasta parecía una estatua, muerto en vida; pasa sus horas mirando hacia la pequeña ventana de su celda, en el pabellón dos, la soledad y la oscuridad se apoderan de su mente y de su alma, nada vuelve a ser como era antes. Los días de trabajo afuera son los más llevaderos, aunque la nieve y el frío le lleguen hasta las rodillas penetrando en sus huesos y quemándole el rostro, el caminar hacia el bosque ayuda: hachar la leña, picar las canteras, a veces sus compañeros se quejan cuando les toca trabajar con el pianista, porque la mayor parte de las veces esta como perdido, mirando al horizonte, concentrado buscando con sus oídos algún ruido tal vez.

Un día ve un piano viejo, pero percibe que aún se puede usar, es el piano que por las noches el director toca, oye atento la melodía ejecutada, pero grita ferozmente que lo toca mal, mientras los demás reclusos disfrutan del concierto, el pianista maldice y lo critica una y otra vez.

Cierta noche logra salir del presidio, puede huir, pero prefiere tocar el piano y regresa, antes de llegar a la habitación en la que está el instrumento, unos guardias lo ven, él se encierra, y empieza a tocar, los guardias cárceles entran, pero ya es tarde.

A la mañana siguiente la guardia entrante llega muy temprano, y lo que ven los horroriza, cinco de sus camaradas tendidos inmóviles en el piso, todos con la misma expresión pálida y fría, y el pianista sentado junto a ellos.

No pueden dejarlo en el presidio, la pesadumbre y el horror abunda en el lugar, hasta los demás presos no lo quieren ya ahí.

Se hace todo lo posible para trasladarlo a otro penal, así que investigan a su mujer y su antigua casa, lo único que encuentran es su diario que relata el trato con el tirano de los infiernos, lo único que se les ocurre es llamar al padre de la iglesia, ya que todo intento de sacarlo de la isla fue en vano.

El párroco bendice el lugar con agua bendita, recorre y ora en cada celda, en cada rincón. Manda a los carceleros a sacar sus guantes, al hacerlo descubren que sus manos son básicamente hielo pero aún se mueven. Uno de ellos tiene curiosidad y quiere tocar las manos del pianista, al instante el sacerdote agarra las manos del carcelero, y le dice que no es seguro aún, él mismo saca de una bolsa un ave viva, y hace que toque una de las manos del maldecido, el ave muere al instante.

Al día siguiente yace tendido un cuerpo en el pasillo del pabellón número dos junto a la salamandra, es él, ni más ni menos el pianista vestido con su ropa escarchada, congelado como el frío hielo, tieso, con los ojos lagrimosos, tal y como había pasado sus últimos años.

Todos tuvieron miedo, terror, el párroco muy preocupado mandó al herrero hacer unas esposas, una especie de cápsula que cubriera desde la punta de los dedos hasta el codo y forjarlas con agua bendita. Al terminar el trabajo, el herrero se las dio al padre, y éste las bendijo, además agregó unas cadenas de acero.

El cuerpo del pianista fue llevado junto al piano del presidio a una de las cuevas ocultas entre las montañas de Ushuaia. Fue esposado con los elementos mandados hacer y finalmente la cueva sellada con una roca.

Ahora y por la eternidad sus restos descansan en la montaña. Algunos dicen que está en el cerro Castor, otros en el cerro la Esfinge, pero a ciencia cierta no se sabe con precisión la verdad. Pero se dice que si escuchas la melodía de un piano cuando estas por la montañas alejadas de Ushuaia, es el pianista tocando, ten cuidado ya que las cadenas que sujetan sus manos, no duraran para siempre, un día su alma será libre, y en la ciudad se escuchará de nuevo la mortal melodía.